

La ruta soviética rumbo a la “emancipación de la mujer”

De Mathilde Rodríguez Cabo (17 de julio de 1902-8 de septiembre de 1967) se ha destacado su labor en la medicina, la psicología, la siquiatria y la pedagogía, así como su interés por el cuidado infantil, aspectos cuyo tratamiento en conjunto se aproxima al enfoque de la medicina social. También se le conoce por su participación política en la búsqueda de mejorar la situación social de las mujeres en México, lo que la llevó a participar en la década de 1930 en el Congreso de Mujeres Obreras y Campesinas y el Frente Único Pro Derechos de la Mujer (FUPDM), además de vincularse con el Partido Comunista Mexicano y con los partidarios de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).¹

El texto de Mathilde Rodríguez Cabo que a continuación se presenta fue leído en la conferencia que ésta sustentó en el teatro del Sindicato de Telefonistas en octubre de 1951, y posteriormente apareció publicado en la revista del Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso “Cultura Soviética”. En esta exposición Mathilde hizo más que explicar los logros sociales que el régimen soviético proporcionaba a las mujeres, además mostró que se fundaban en una visión marxista que, partiendo de las categorías de estructura o base material y de superestructura, concibe que la garantía de posibilidad de un cambio de la situación de la mujer está en la transformación material de la sociedad, es decir, la supresión de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre. También expuso de que forma esta transformación repercutió en el surgimiento de instituciones que coadyuvaron a garantizar que las conquistas sociales de las mujeres no fueran letra muerta en las leyes. Esta ruta, que fue la emprendida por la Unión Soviética, dista de la del feminismo actual que pone el énfasis en los cambios de aspectos superestructurales como el lenguaje, la cultura y demás fenómenos vinculados a la ideología.

¹ Vid. Verónica Oikión Solano, “Un atisbo al pensamiento y acción feministas de la doctora Mathilde Rodríguez Cabo”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 38, núm. 149, 2017, pp. 101-135; y Susana Sosenski y Gregorio Sosenski, “En defensa de los niños y las mujeres: un acercamiento a la vida de la psiquiatra Mathilde Rodríguez Cabo”, *Salud Mental*, vol. 33, núm. 1, enero-febrero de 2010, pp. 1-10.

Seguido de esto, Mathilde Rodríguez Cabo manifiesta que existen diferencias y oposición entre la expresión política del feminismo y la ruta soviética para resolver el problema de la mujer. Atribuye al feminismo el proceder de forma parcial y fragmentaria en la búsqueda por la emancipación de la mujer y enarbolar demandas específicamente femeninas, aspectos que concibe como un error. De hecho, Mathilde no usa “feminismo” como concepto central para abordar la demanda por la mejora de la situación de la mujer, sino que emplea los términos “cuestión de la mujer” y “emancipación de la mujer”.

En dicha conferencia, además de presentar sus diferencias con el feminismo, Mathilde se proclamó partidaria del camino y de la concepción soviética, hecho que permite considerar que su participación en el movimiento femenino no equivale a una posición feminista. En todo caso, la publicación del presente texto ayudará a profundizar en el pensamiento de la autora y a repensar la historia de la participación política de las mujeres, considerando no sólo el feminismo y su transformación, sino también la existencia de una propuesta diferente para la emancipación de la mujer.

La relevancia del texto reside no sólo en la síntesis y en los datos que proporciona sobre la situación y la participación política de las mujeres, que va de la época del zarismo a la construcción socialista en Rusia, sino principalmente, en que permite repensar aspectos referentes a la historia de la mujer.

Ángel Chávez Mancilla

Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH

**Mathilde Rodríguez Cabo,
“La mujer soviética”, *Cultura
Soviética*, núm. 85, noviembre
de 1951, pp. 46-52**

Antes de abordar el tema de esta plática y para que se dé la debida valorización de los conceptos que en ella expreso, debo hacer una aclaración respecto a mi actitud política y social que ha sido firme y decidida desde mi juventud y que ha normado mi vida toda: no soy comunista ni he militado nunca dentro de las filas del Partido Comunista; pero he sentido siempre la inconformidad y la angustiosa rebeldía de quienes conociendo las graves injusticias y las crueles desigualdades que aquejan al mundo capitalista en que vivimos, saben que sólo hay un camino para eliminarla; el camino que ha seguido la Unión Soviética, el camino hacia la equidad y la justicia sociales, a través de la supresión de la propiedad privada y de la eliminación del inhumano sistema de explotación del hombre por el hombre.

Sin haber asumido nunca una actitud sectaria, y sin haber sido nunca tampoco una incondicional partidaria de todos los detalles y aspectos de la política soviética que quizá a través de la distancia y las deformaciones con que se nos presenta en ocasiones me han parecido inadecuadas y propicios a la crítica, sí debo declarar que en lo fundamental, frente a la base y a la raíz del régimen soviético, soy una leal y decidida admiradora y mi más profundo anhelo es que los demás países del mundo, puedan por el camino más apropiado adoptar las mismas normas de vida que ese país ha creado y que son garantía de posibilidades de satisfacción y felicidad para el hombre.

El anterior preámbulo me ha parecido necesario ya que la situación de la mujer rusa, diferente a la de las demás mujeres del mundo, debe ser analizada, partiendo del examen de los antecedentes y de la calidad de esas mujeres, y haciendo un estudio de las condiciones de vida que el régimen soviético les ha deparado.

Nada nuevo hay que agregar, en el tema, que me ocupa a lo mucho que se ha dicho y escrito ya especialmente si se recuerda la brillante conferencia que hace pocos años sustentó en el Instituto Cultural Mexicano Ruso, la señora Clementina Batalla de Bassols, cuyos conceptos tuvieron el mérito de ser el reflejo de su propia experiencia y de sus propias observaciones, durante su estancia en la URSS. Sin embargo con gusto he aceptado revisar y repetir ideas ya expuestas, porque considero que el propósito de la serie de actos organizados durante este mes, con el fin de estrechar la amistad entre los pueblos de México y de la URSS, sólo puede lograrse por medio del conocimiento mutuo y de la exaltación de todos los aspectos positivos de ambos pueblos y porque creo además que la mujer rusa, la de ahora y la de antes, debe ser un motivo constante de discusión y comentario para nuestras mujeres, que tanto necesitan de estímulo y de ejemplo optimista.

No es posible referirse a la situación actual de la mujer rusa, sin dedicar, aunque sea unas palabras a las gloriosas generaciones que les precedieron y sin hacer hincapié en el hecho de que la elevada calidad humana que las caracteriza y que les ha permitido responder brillantemente a las nuevas formas de vida que se les han ofrecido, la heredaron de sus antecesoras, de épocas remotas y próximas. Sólo citaré algunos nombres, conservados a través de la tradición y de la literatura épica para ilustrar las palabras del historiador Schaschkow, quien al referirse a la época del matriarcado, anterior a la era cristiana, que entre los pueblos eslavos tuvo una duración mayor que en el resto de los países europeos, dice lo siguiente: “la civilización eslava fue obra de las mujeres, notándose un descenso marcado en el desarrollo cultural de los pueblos eslavos, cuando aquellas fueron privadas de su papel directivo y sujetas a esclavitud y vejación”.

Las figuras más prominentes en la historia antigua de los eslavos, fueron las de mujeres sabias y poderosas que supieron guiar admi-

rablemente a sus pueblos y que se destacaron también como jueces, legisladoras y árbitros en cuestiones de orden y de paz. Entre los polacos se destacan la figura de Wanda, hija del gobernante y fundador de Krakua, famosa tanto por su sabiduría como por su belleza. Entre los checos se recuerda a Libusa, quien legisló sabiamente y señaló el lugar en que debería fundarse la ciudad de Praga. Y entre los rusos llama la atención la personalidad histórica de la princesa Olga, que durante dos décadas, hasta la mayoría de edad de su hijo gobernó Kiev, dirigiendo personalmente sus ejércitos, y cuya fama y gloria, conservadas hasta nuestros días hacen que se le recuerde como la Santa y la Sabia princesa Olga.

La introducción del cristianismo griego ortodoxo a Rusia en el siglo X, trajo grandes modificaciones en las relaciones familiares y las condiciones de vida de las mujeres. El pueblo ruso, apasionado y fanático, extremoso en sus concepciones y en sus interpretaciones del nuevo orden implantado por la Iglesia, fue aún más duro e implacable con sus mujeres, de lo que fueron los demás pueblos, durante la edad media. Privada de sus más elementales derechos, sin autoridad para intervenir ni en los más insignificantes problemas domésticos, ni siquiera se concedía a la mujer la calidad de humana. “La gallina no es un ave, la mujer no es un ser humano”, decía un proverbio ruso. “La vida de las mujeres rusas”, decía un diplomático “es insoportable. No pueden ni siquiera pisar la calle, porque se les considera indignas. Los ricos y distinguidos tienen a sus mujeres tan encerradas que nadie puede verlas y mucho menos dirigirle la palabra, y no son dignas ni siquiera de manejar su hogar, pues lo más que se les permite es coser e hilar. Excepcionalmente se les deja ir a la iglesia”.

Respecto a la situación de la mujer del pueblo, de la campesina, en esta etapa en que los señores eran dueños de cuerpos y almas de sus servidores, cabe citar las palabras de Nekrasov: “Tres crueles designios, oh mujer, se ciernen sobre ti. El primero: entregar tu

corazón a un esclavo; el segundo: pertenecer a él por toda la vida; el tercero: engendrar a su vez a un esclavo. Y todo lo más espantoso tenía que soportar la mujer de la tierra rusa en su propia carne”.

Pero una situación tan trágica tiene que tener su fin algún día. El 19 de febrero de 1861, con la supresión de la servidumbre decretada por Alejandro II, se inicia también una nueva era para la mujer. Y es que los dos problemas estaban íntimamente ligados; los dos eran manifestaciones de una época de obscurantismo, de opresión, de crueldad y de incultura. Los dos tenían su raigambre social y económica en el feudalismo brutal y en la dominación inhumana y cruel de la iglesia. Como una verdadera avalancha, ávida de emprender y de librarse, irrumpen las mujeres en las escuelas superiores y aun logran su ingreso en la Universidad. La primera en graduarse es la Korsini, en la facultad de Leyes. Un nuevo impulso les abre también las puertas de la facultad de medicina, en donde se inscribe la primera mujer el año de 1861. Sin embargo sólo tres años se toleran estudiantes mujeres en la carrera de medicina, al cabo de los cuales, las que habían iniciado sus estudios y muchas otras que quieren seguir sus pasos, emigran a Suiza, en donde, en el año de 1873, de 119 mujeres inscritas en la Universidad de Zurich, 96 son rusas. El afán de estudio de la mujer rusa, y su gran interés por la carrera de medicina, nos lo demuestra el hecho de que durante una década en que se logró mantener abierta una escuela especial de medicina para mujeres se graduaron 750 médicas. La carrera de maestra, es también seguida por un gran número de muchachas, de la pequeña y alta burguesía en su mayor parte.

Aunque es cierto, como dice Anfiteatrov, que las ideas de libertad y de emancipación sociales habían encontrado resonancia en el alma de la mujer rusa, desde hacía mucho tiempo, sin embargo, su irrupción en el campo de las letras les dio oportunidad de conocer a fondo las teorías de los revolucionarios de la época, de identificarse con ellos y de sumarse

a sus luchas y a sus inquietudes. Según el mismo Anfiteatrov, las mujeres militaron y participaron en actividades revolucionarias en proporción de cuatro a uno en relación con los hombres. El Conde de Pahlen, Ministro de Justicia, por los años de 1807, declara que es la participación de la mujer, la responsable de que la mitad de Rusia esté cubierta de una apretada red de organizaciones revolucionarias. Los estudios son solo el puente que utilizaron las mujeres para lanzarse de lleno a la lucha social. Su propia capacitación no interesa, el ejercicio de las profesiones en que han sido adiestradas es intrascendente, frente a la gigantesca tarea que se han impuesto de educar al pueblo, de organizarlo y de prepararlo para la lucha social.

Maestras, abogadas, enfermeras, médicas, recién salidas de las aulas se suman a las filas de los “narodniki”, jóvenes en su mayoría, que demuestran su interés por los problemas de los obreros y de los campesinos y realizan su labor de educación y agitación entre ellos, incorporándose totalmente, buscando trabajo en talleres, fábricas, y actividades agrícolas, como obreros manuales. En esta forma cumplen cabalmente con los principios de la táctica revolucionaria de la época: identificarse con el pueblo, incorporarse a él y servirle.

Con una visión extraordinaria, resultado de un sentido revolucionario, preciso y técnicamente formado y orientado, y con una actitud admirable de solidaridad y comprensión sociales, las mujeres rusas de la segunda mitad del siglo pasado, no tenían como meta de su actuación la emancipación exclusiva de la mujer ni tenían insertas en sus banderas demandas específicamente femeninas. Ellas luchaban por el advenimiento de un nuevo orden social, combatían por derribar un régimen de opresión inicuo e injusto, desde un punto de vista humano, querían el mejoramiento de las condiciones de vida de hombres y mujeres, y ni ellas ni sus compañeros de lucha se plantearon nunca la posibilidad de enunciar siquiera por separado los derechos de unos y de otros o de diferenciarlos. Esta circunstancia cabe hacerla resaltar

muy particularmente, ya que contrasta con la orientación que en los otros países europeos se dio en la misma época al movimiento feminista, el cual, en forma fragmentaria y parcial ha querido resolver el problema de las mujeres a base tan solo de pedir para ellas derechos iguales a los de los hombres, en un mundo donde existen millones de hombres cuyo único derecho efectivo y real es el derecho a sufrir privaciones, injusticias y vejaciones y a perecer de hambre y sufrimientos.

Este mismo hecho, es decir, la entrega total de las mujeres precursoras de la revolución rusa a la causa de los oprimidos, su lucha implacable contra todo un sistema social y económico que al mismo tiempo que las alejaba de las tendencias feministas de las mujeres en la conquista de la posición que el nuevo régimen había de depararles al triunfo de la Revolución, se pone de manifiesto en un famoso documento que se ha dado en llamar “El evangelio del Movimiento Libertario Ruso”. Me refiero al discurso pronunciado por Sofía Rardina, joven estudiante de medicina de 22 años durante el proceso de los cincuenta que se siguió a ella y a otras jóvenes, hombres y mujeres, en el año de 1867, acusados de realizar propaganda entre los trabajadores y de dedicarse a actividades que ponían en peligro las bases de la civilización, la propiedad privada, la familia, la religión y el Estado.

Sofía Rardina había interrumpido sus estudios de medicina en Suiza, y había vuelto a Rusia junto con otras compañeras suyas, entre ellas Vera Figner, a quienes había convencido de la necesidad de dedicarse de lleno a la lucha revolucionaria, con los siguientes argumentos: “nuestros esfuerzos no deben orientarse en el sentido de querer aliviar los sufrimientos de las gentes aisladamente, o de tratar casos particulares, o de luchar, en lo individual, contra los males sociales, debemos combatir colectivamente la explotación de los hombres por los hombres, debemos luchar contra la propiedad privada y contra el derecho hereditario, y no debemos descansar hasta no conquistar definitivamente todo esto”.

Las palabras de la Rardina, durante el citado proceso, más que palabras de una acusada frente a sus jueces, son una ardiente requisitoria contra el orden social reinante, y deben servir a las mujeres de hoy, casi cien años después, como inspiración y ejemplo en nuestro camino por la obtención de formas de vida justicieras y humanas. “Nunca he combatido la propiedad privada”, decía aquella mujer, una de las muchas que ofrendaron su juventud y su tranquilidad personal en aras de los ideales sociales, “y aún me atrevo a afirmar que defendiendo la propiedad privada al pretender que todos los hombres sean dueños de su trabajo y del producto de su trabajo. Y ahora contestadme, ¿soy yo, que defendiendo tales puntos de vista, quien trata de minar la propiedad privada o es el industrial que sólo paga al trabajador la tercera parte de su salario y se apropia sin razón de las dos terceras partes? ¿No será más bien el especulador, quien con sus especulaciones es la bolsa de valores sume en la miseria a miles de familias, mientras él se enriquece sin esfuerzo alguno? Para nosotros el derecho del trabajador al fruto de su trabajo está por encima de cualquier otro derecho...” Por lo que respecta a la familia, seguía diciendo, “¿no es el orden social mismo el que obliga a la mujer a abandonar a su familia y a ir a la fábrica por un salario miserable en donde ella y sus hijos sucumben fatalmente? ¿No es este mismo orden social el que destruye a la familia al obligar a la mujer a lanzarse por necesidad y hambre a la prostitución, la cual en todos los Estados debidamente organizados está reconocida como una institución legal y necesaria? ¿O somos nosotros los culpables, porque nos empeñamos en exterminar esa miseria, que consideramos que es la fuente principal de todos los males, y por lo tanto de la desorganización de la familia?” “De la descomposición del Estado no soy tampoco responsable. Creo que la estructura estatal, no puede ser minada por los afanes aislados de las gentes. Cuando los regímenes caen, es por lo regular, porque llevan en sí mismos el germen de su caída. Por

lo demás, opino que un régimen de gobierno que mantiene al pueblo en condiciones de esclavitud moral, política y económica, víctima de la miseria y de la enfermedad más espantosas, debido a impuestos onerosos, a la explotación capitalista de los trabajadores y a otras circunstancias económicas y políticas, que ese régimen está cavando su propia tumba”.

Así hablaba Rardina, en el año de 1867 y así podríamos y deberíamos hablar muchas mujeres en muchos países del mundo en este año de 1953.

Para terminar su elocuente arenga, decía lo siguiente: “Como quiera que se decida mi suerte, señores jueces, no pido ni deseo de ustedes ninguna misericordia. Perseguidnos tanto cuanto querriáis, que yo estoy convencida que un movimiento tan poderoso, inspirado en el espíritu mismo de la época, no puede ser aplastado por ninguna medida represiva. Podrá ser frenado por un tiempo más o menos largo, pero seguirá tanto más impetuoso. Y continuará hasta el triunfo total de nuestras ideas. Perseguidnos, para ello poseéis el poder físico, pero nosotros tenemos el poder moral, el poder del progreso histórico, el poder de la idea. Y las ideas no pueden ser exterminadas por las bayonetas”.

La Rardina fue sentenciada a trabajos forzados y más tarde enviada a Siberia con muchas otras mujeres. Pero otras jóvenes valientes y dedicadas la sustituyeron en la lucha, así como ella había remplazado antes a otras mujeres que deportadas, sujetas a prisión o muertas, habían caído por los mismos ideales. De ellas, a las que alguien ha llamado “Las santas de la Revolución Rusa” Famina Halle, en su libro “Las mujeres en la Rusia soviética” dice lo siguiente: “Así desfilan ante nosotros, una tras otra, algunas cuyos nombres son conocidos, y otras que han quedado ignoradas formando toda una generación de heroínas, y aun dinastías completas como las hermanas Nubatia, Ljubatablach, las Figner caracterizándose por su gran devoción, la entrega absoluta a su causa, su completo desprecio por la vida y su inquebrantable fe en

el porvenir de su pueblo. Entre los hombres, excepcionalmente, es cierto, se daba el caso de que bajo la presión de las circunstancias y de las persecuciones, algunos claudicaron. Entre las mujeres revolucionarias rusas no aconteció jamás.”

La historia personal de cada una de estas mujeres es toda una epopeya. Todas eran jóvenes, muchas brillantes, hermosas, de temperamento artístico, maravillosamente dotadas en lo físico y en lo intelectual, exquisitamente femeninas y destinadas a ser personalmente felices. Sin embargo, siempre y en todos los momentos, su gran amor a la humanidad las hizo renunciar a la satisfacción de sus sentimientos y sus instintos. La pureza, la castidad y el respeto a sí mismas caracterizaron siempre sus relaciones con sus camaradas hombres.

Afortunadamente el sacrificio de aquellas, admirable pléyade de mujeres, no fue estéril. Sus cenizas fertilizaron maravillosamente el terreno que había de dar nacimiento al nuevo tipo de mujer, que en el régimen soviético, continúa laborando por consolidar al patrimonio que heredaron de sus antepasados. La situación de la mujer rusa de hoy es el resultante del pensamiento y de la acción de la mujer de ayer.

No recordarlas, no rendir homenaje a su memoria, y no exponer su actitud y sus metas en la lucha, no sólo entrañaría una injusticia, sino que haría difícil el poder explicarse las razones por las cuales la mujer ha podido adquirir el grado de desarrollo social que actualmente tiene en la Unión Soviética. Las numerosas leyes que a partir de 1917 se han venido promulgando a fin de garantizar a las mujeres el pleno ejercicio de sus derechos y de su incorporación a la vida cívica, cultural y económica del país, no sólo han sido la interpretación fiel de los principios marxistas y de las teorías leninistas, sino que han respondido también a la necesidad práctica de utilizar en beneficio de la obra colectiva de reconstrucción social, la colaboración femenina, que tan brillantes resultados dio en los años de prueba de la lucha revolucionaria.

Lenin, quien puso los cimientos del maravilloso edificio que es hoy la Unión Soviética, tenía ineludiblemente que dedicar atención especial, desde los primeros días de su advenimiento al poder, al problema de la mujer. No sólo sus firmes convicciones políticas, sino su experiencia personal respecto de la honradez, lealtad y eficacia de la mujer, tenían que obligarlo a ello. Unida su vida durante treinta años a la de Nadesda Krupskaja, su fiel compañera y entusiasta colaboradora que supo compartir con él las angustias, las inquietudes y las privaciones tanto en el exilio como en la prisión y que a la hora del triunfo, participó al lado de él, con la modestia de siempre, en tareas de gran responsabilidad. Lenin tenía permanentemente una gran deuda con las mujeres, que se apresuró a saldar desde los primeros días en que ejerció el poder. Su célebre frase “las cocineras deben aprender a dirigir el gobierno” que sintetiza sus propósitos de emancipación y educación de la mujer, fue pronunciada por él, en octubre de 1917. “No es posible conquistar a las masas para la actuación política si no se conquista a las mujeres. Necesitamos atraer a los millones de mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo para la transformación comunista de la sociedad. Nuestra tarea consiste en hacer accesible la política a todas las mujeres trabajadoras”. Expresaba también en la misma época.

Krupskaja, en el prólogo del folleto que contiene distintos discursos de Lenin publicado en 1930, dice lo siguiente: “Desde su fundación en 1989 ha venido luchando nuestro Partido por un régimen en el que no haya explotación, en el que no exista la miseria, la ignorancia, el aislamiento, el abandono, el Partido ha luchado por que todos disfruten de una vida de bienestar, sana, culta, luminosa.” ¿Se podría dentro de este programa excluir a las mujeres? Preguntamos nosotros. Más adelante sigue diciendo la compañera de Lenin: “La cuestión de la igualdad de derechos de las mujeres no es nueva. Nuestro Partido ha luchado continuamente por

conseguirla. Desde un principio ha prestado gran atención a la emancipación de la mujer y ha mostrado las raíces económicas y políticas de la desigualdad femenina y cuando en octubre de 1917 pasó el poder a manos de la clase obrera, ésta puso rápidamente fin a la desigualdad jurídica de la mujer”.

Sin embargo, las leyes, por sí solas, no fueron capaces de realizar inmediatamente la transformación interior en las mujeres, que las hiciera aptas para la vida cívica, para la vida cultural y para su cabal incorporación a la producción y al trabajo colectivo. Fue necesario que transcurrieran muchos años para que, suprimiendo viejos y arraigados prejuicios, adaptada la mujer a nuevas formas de vida, surgiera de las generaciones jóvenes, el tipo de mujer que hoy día es baluarte y sostén de la patria socialista.

Todavía en 1920, decía Lenin: “la igualdad ante la ley, no es todavía la igualdad en la vida real. Necesitamos que la obrera conquiste no sólo ante la ley, sino en la vida real, la igualdad con el obrero. Para esto es necesario que las mujeres intervengan en la administración de las empresas públicas y en la administración del Estado”. Y aconsejaba a los obreros lo siguiente: “elegir para los soviets más mujeres obreras. Si una obrera es honrada, sensata, consciente de su trabajo, poco importa que no pertenezca al Partido: elegidla para el Soviet”.

Lentamente, la mujer fue incorporándose a la vida política. En 1926, sólo un 18% de las mujeres campesinas participó en las elecciones a los soviets rurales y un 43% en los soviets urbanos. En 1934, fue ya un 90% de las mujeres de la ciudad y un 80% de las del campo, las que ejercitaron sus derechos cívicos. En la actualidad las siguientes cifras nos dan una idea de la actividad política de la mujer soviética:

277 mujeres son diputadas al Supremo Soviet.

1,500 mujeres son diputadas de diferentes nacionalidades a los Soviets Supremos de las Repúblicas Federadas.

4,500 mujeres son diputadas a los soviets locales.

Ha habido dos mujeres comisarios del pueblo. Nadedja Krupskaia y Alejandra Kollontay. Chimas Aslósova es vicepresidenta del Soviet Supremo de la URSS. La presidencia del Soviet Supremo de la República de Bielorrusia, está en manos de una mujer y en otras varias Repúblicas, las mujeres ejercen cargos de comisarios.

Con toda intención he abordado en primer término el desarrollo de la vida política de la mujer rusa, porque, en la Unión Soviética, a diferencia de lo que pasa en muchos otros países del mundo, la actividad política equivale a la acción social, significa participación en todos los problemas de la comunidad, implica intervención en todas las empresas que se ocupan del mejoramiento de la vida colectiva, y requiere por lo tanto, madurez social, comprensión plena de los problemas públicos y sentido de solidaridad por parte de los individuos, y todas estas cualidades la ha adquirido plenamente la mujer, dentro del régimen soviético, no sólo porque la legislación garantiza totalmente sus derechos como ciudadanos, como trabajadoras, como esposas y como madres, sino también porque tal legislación está apoyada en una serie de instituciones que permiten que la ley escrita sea transformada en realidad y, además y muy especialmente, porque desde que se instauró el nuevo régimen, la educación de la mujer ha sido motivo constante de preocupación por parte del Estado.

Es así, como el taller en la ciudad y el koljós en el campo, son verdaderas escuelas de adiestramiento y de aprovechamiento de las aptitudes de las trabajadoras dentro de las cuales de simples obreras manuales, iletradas algunas hace mucho tiempo, han surgido técnicas: ingenieras, químicas, agrónomas, etc. Es así también como las maternidades, las casa cuna, los jardines de niños y los consultorios médicos, complemento de la legislación obrera, protectora de la mujer, no sólo constituyen la red de instituciones que ha hecho compatible

el trabajo de la mujer con la maternidad, sino que son también centros educativos donde las mujeres, desde jóvenes aprenden los fundamentos de la higiene sexual y son preparadas para ser madres conscientes y procrear y educar hijos sanos de cuerpo y de espíritu. Los sindicatos y los clubes de trabajadores, han derivado sus funciones de defensa de los agremiados frente a los patrones, por no ser necesarias en un Estado en el que los patrones no existen, hacia la educación y capacitación de sus miembros en cuestiones cívicas y políticas, a través de la discusión constante de los problemas locales, nacionales e internacionales.

En el aspecto de las relaciones familiares, conviene recordar aquí algunos puntos expuestos ya en nuestra plática, sobre la protección a la infancia en la URSS. Hombres y mujeres han venido siendo educados, y para ello se han sentado las bases jurídicas adecuadas, y las condiciones sociales necesarias sobre los principios de una libertad real y de la igualdad completa del hombre y de la mujer, para lograr lo que en la actualidad es el desiderátum del derecho familiar soviético y de la moral socialista. La monogamia y la unión permanente como medio para resolver el problema sexual, y como resultado de ello un tipo de familia estable y organizada que garantice el cuidado y la educación de la niñez, aun cuando se reconoce la posibilidad que de uniones extramatrimoniales pueden nacer hijos, para lo cual se ha instituido, el sistema de pensiones a las madres solteras. Pero el previsor Estado soviético, ha previsto también las condiciones para que, en ese nuevo tipo de familia, cuyas ventajas son indudables, la mujer no vuelva a ser como antes víctima de cargas y trabajos domésticos, rutinarios y agobiantes. Reproduciré lo que hace algún tiempo decía, al hablar de la protección a la infancia: “al crearse nuevas modalidades para las relaciones mutuas entre el hombre y la mujer y al ponerse bases sólidas para la estructuración para un nuevo tipo de familia en el que no son ni las conveniencias sociales, ni las necesidades económicas las que mantienen los lazos entre el marido y la

mujer, al consolidarse ampliamente la ayuda estatal para las madres solteras y las pensiones familiares para las familias numerosas, la maternidad, ahora consciente y condición de privilegio para las mujeres, ha substituido la actitud de “temor al hijo” que antes perturbaba su vida sexual y era causa de aborto y del abandono de los niños. Los esfuerzos gubernamentales por multiplicar las cocinas y los lavaderos colectivos y la posibilidad de que los niños sean atendidos en instituciones especiales, con los cuidados adecuados a su edad y tradición, han sido otras tantas medidas que han contribuido a reforzar las bases de la familia haciendo de la mujer una compañera inteligente y comprensiva de su marido, en vez de la atribulada y fatigada mujer de hogar que antes era, siempre encerrada en las cuatro paredes de su casa y sólo ocupada en trabajos domésticos monótonos e improductivos”. Como ilustración de lo anterior, reproduzcamos algunos aspectos de la vida de Olga Mossina, obrera en una fábrica de motores, en un artículo que se titula: “El trabajo y la familia fuentes de felicidad”. “Ciertamente, dice Olga, para una mujer casada trabajar en la fábrica es más difícil, pero las obligaciones familiares, hacen la vida más plena, más interesante. Tengo a mi hija Volodia en un jardín de niños y a mi hija Valia en una casa de cuna donde reciben sus alimentos. Me levanto a las 6:30, arreglo mi casa y preparo el desayuno. Almuerzo en el comedor de la fábrica. Termino mi trabajo, a las 5 de la tarde y si no tengo ninguna actividad social que realizar, vuelvo a mi hogar. A las 7 ya estamos todos reunidos en casa para cenar y en la noche todavía tengo tiempo para leer o para ir al cine. Cuando se tiene una familia buena y unida se trabaja mejor. Las condiciones de vida de los trabajadores mejoran cada día más. Tengo un departamento con todo confort moderno: gas, electricidad, baño y ascensor. Gracias a ello el tiempo que hay que dedicar al trabajo doméstico se reduce al mínimo. Me gusta el trabajo social. Y tengo tiempo para hacerlo. Soy delegada del Seguro Social y formo parte del comité de

Redacción del Periódico de la fábrica, y participo también en los trabajos del comité del Partido y del sindicato”.

Resuelto el problema de la familia, el cuidado de los niños y las atenciones del hogar, las mujeres soviéticas han sido incorporadas casi en su totalidad al trabajo constructivo en todas las ramas, en todos los aspectos y en toda la extensión del territorio de la Unión de Repúblicas Socialistas. Las siguientes cifras nos dan una idea de cómo están distribuidas en las principales actividades:

19,000,000 trabajan en el campo, en las granjas colectivas.

11,000,000 en fábricas, talleres y oficinas públicas.

1,200,000 como enfermeras

170,000 como ingenieras

72,000 médicas

33,000 técnicas en otras actividades científicas

20,000 en los ferrocarriles

Desconocemos el número de las mujeres dedicadas a actividades artísticas, pero sabemos que es elevado.

Pero no es suficiente decir que dentro del régimen soviético, la mayoría de las mujeres se dedican a trabajos productivos, sin discriminación alguna por razones de sexo, ya que no hay ninguna diferencia en relación con los salarios que perciben los hombres; no basta tampoco señalar que las mujeres embarazadas y durante la lactancia de su hijo tienen derecho a una serie de privilegios en cuando a las clases, condiciones y horarios de trabajo y que antes y después del parto tienen derecho a descanso con goce de sueldo por un tiempo que fluctúa entre 77 y 101 días y que más tarde, si su hijo pequeño enferma, tiene derecho a licencia con goce de sueldo, durante su enfermedad. Tampoco es completo el panorama si se consigna que por ser trabajadora tiene todas las prestaciones y ventajas en cuanto a vacaciones, jubilación, subsidios complementarios cuando su familia es numerosa, posibilidades de viajar y pasar temporadas de descanso en lu-

gares que en otros países sólo están reservados a las clases pudientes, oportunidades de recreación, y de asistencia a espectáculos artísticos y culturales. Es necesario y muy importante señalar la transformación anímica, es decir, la actitud psicológica que se ha logrado en el país de los trabajadores frente al trabajo y frente al esfuerzo productivo de los obreros, así sean manuales o intelectuales. Para ellos el trabajo no es la obligación impuesta o la maldición bíblica de ganar el pan con su sudor de la frente, como sucede en el resto del mundo, para ellos el trabajo es una función vital inherente a todo ser humano, digna, elevada y que ejerce con entusiasmo y con fe. Y tal cosa es fácil de comprender y de creer si se toman en cuenta las siguientes circunstancias: el rendimiento de los individuos en su trabajo no va a enriquecer al patrón sino que es en beneficio del trabajador mismo; a mayor rendimiento individual mayor producción colectiva, y mejores condiciones de vida para todos. El engrandecimiento de la patria para un pueblo, profundamente místico en donde los dioses y los seres sobrenaturales han sido substituidos por motivos humanos, reales y terrenos, tiene razones y finalidades tanto idealistas y elevadas, como materiales y prácticas. Mientras otros pueblos y otras razas realizan sacrificios, sufren privaciones, y aún se martirizan físicamente por asegurar bienestar y tranquilidad en la otra vida, en la que creen que existe después de la muerte, el pueblo soviético es capaz de tener esa actitud hiera también, pero su objetivo es para esta vida, es para dar bienestar y felicidad a sus hijos aquí en el mundo.

En esto radica precisamente, la indiscutible ventaja, que en estos momentos presenta la Unión Soviética frente a los demás países que luchan por aniquilarla y destruirla. Ahí, el trabajador que colabora en las obras públicas, en las carreteras, en los edificios de gobierno, sabe que su trabajo no va a enriquecer al contratista, amigo del alto funcionario. Ahí el obrero que labora en las fábricas sabe, que

su trabajo no va a dar grandes ganancias al industrial, amigo también del influyente en política. Ahí, el campesino que labra la tierra sabe, que su cosecha no va a servir para aumentar el capital de los protegidos de este o aquel secretario de gobierno.

Pero hay todavía una razón más que nos permite afirmar que la transformación de la mujer soviética en elemento activo y producto ha sido benéfico para ella y base de su emancipación. La dignificación del trabajo en la URSS ha abarcado todas las ramas y todas las ocupaciones, es decir, que no se hace ninguna distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre trabajo técnico y trabajo de base. Se estimula el rendimiento y la calidad del trabajador, sin importar la índole del trabajo a que se dedica; y las oportunidades para mejorar ese rendimiento y esa calidad, son iguales para todos. Igual se ensalza y se admira a la mujer que se destaca en la investigación científica que a la obrera manual que por su habilidad y dedicación consigue aumentar la producción en el taller de hilados y tejidos o a la campesina que obtiene una mejor o mayor cosecha.

Como ejemplo de esto, podemos referirnos a la forma en que se educa y adiestra a las jóvenes que aprenden corte y confección, en la escuela profesional No. 23 de la ciudad de Kalinin. No sólo se les enseña las materias especiales para el trabajo a que van a dedicarse. Aprenden también matemáticas y realizan experimentos de física y química. La escuela tiene una sala de literatura y música donde las alumnas escuchan conferencias y conciertos y aprenden nociones de pintura y escultura. Se les cultiva, se les divierte y se les dedica a actividades artísticas. ¡Qué diferencia tan grande, con las costureras de la época de los zares, o con las de nuestros países, en donde, un oficio de esta naturaleza significa salarios miserables y trabajos casi forzados! Todas las ramas de la cultura y todas las actividades artísticas están abiertas ampliamente a la mujer en la URSS. No se hace ninguna distinción por razones de sexo, sino exclusiva-

mente por cuestiones de aptitud vocacional lo cual nos explica el hecho de que en las ciudades, en las Universidades y en los Institutos Tecnológicos, haya infinidad de campesinas de regiones lejanas, estudiando carreras científicas, y muchas mujeres de la ciudad, a su vez, se desplacen al campo para ejercer sus profesiones en minas, zonas petroleras, centros agrícolas, etc. Numerosas mujeres han destacado en diferentes manifestaciones artísticas y especialmente las bailarinas, las cantantes y las artistas teatrales gozan de una condición privilegiada, ya que son ellas quienes contribuyen a la recreación y a la elevación espiritual del pueblo. Las palabras de Valeria Barsova, cantante y diputada al Soviet Supremo de Moscú, reflejan la interpretación que dan a esa condición de privilegio que viven: “Yo vivo al unísono con mi pueblo; le doy todo lo mejor que tengo: mi arte; y tomo de él lo que tiene: el entusiasmo creador con el que ha edificado una vida magnífica y nueva. Y es a este entusiasmo al que debo todo lo que he podido realizar”. ¿Y no es esto, me pregunto yo, mucho más valioso y satisfactorio que las fortunas que ganan artistas extranjeros y que sólo les sirven para adquirir aderezos y esmeraldas, y abrigos de mink? Las palabras de otra destacada actriz, de Auno Oronehko, llamada por el pueblo “la conciencia del pueblo”, merecen también ser citadas aquí: “No hay mayor satisfacción para una actriz soviética, ni hay un honor mayor, que personificar en la escena a una mujer progresista de nuestros tiempos, a una luchadora valiente y decidida por la causa de la democracia verdadera, por las ideas de Lenin y por la paz en todo el mundo”. Esto significa que para las artistas soviéticas el arte es sólo una manifestación de su interés por los problemas colectivos.

Algunos nombres, servirán para darnos una idea de la posición que ha llegado a alcanzar la mujer en el campo artístico: Elena Gaesia, es directora del Instituto Pedagógico Musical más importante de Moscú; Radoseva Bayolieva, es una destacada directora de orques-

ta; Pasha Anguelina, diputada al Soviet, de extracción campesina y primera mujer que guió un tractor, es hora conocida escritora; Vera Mújina, una de las pocas escultoras de fama, en la historia de la humanidad, es miembro de la Academia de Artes de la URSS y sus obras han recibido en tres ocasiones el Premio Stalin. A pesar de sus 69 años y de la intensa labor artística y social que ha desarrollado, continúa trabajando en un monumento a Tchaikovski que será colocado frente al Conservatorio de Moscú.

Los nombres de mujeres que se han destacado en las ciencias son incontables, pero cada uno de ellos no es sino el eco, la caja de resonancia de ese armonioso conjunto que integran las mujeres todas de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas que al unísono piensan, sienten y trabajan por engrandecer y defender a su patria.

Para terminar no podemos dejar de decir, aunque sea unas palabras, respecto a la actitud de las mujeres soviéticas frente a la situación internacional actual de amenaza de guerra. Como una sola mujer, todas ellas juntas han levantado su voz para protestar contra los preparativos bélicos y para abogar por la paz y la comprensión entre los hombres. Dentro de la URSS y fuera de ella, en el seno de la Federación Internacional de Mujeres, en cuya directiva hay prominentes mujeres rusas, sus esfuerzos para atraer a las demás mujeres del mundo a la cruzada por la paz, han sido gigantescos. Una comisión de mujeres inglesas que visitó recientemente la URSS confirmó este hecho y al comentarlo decían lo siguiente: “En todas partes las mujeres nos hablan de la guerra y de la paz, nos preguntan qué hacemos las mujeres inglesas por garantizar la paz y nos pedían que estrecháramos más las relaciones de amistad entre el pueblo inglés y el pueblo ruso”.

Ekaterina Riabkova, héroe de la Unión Soviética, con motivo del último año nuevo dirigió una carta que titula: “A mis hermanas del extranjero” y dice: “La paz es la felicidad de las madres, es el sueño tranquilo del niño, es el

inspirado trabajo creador, es el calor del hogar, son las flores y el amor. La paz es la vida misma. Pero la paz está de nuevo en peligro. Un despreciable puñado de incendiarios de la guerra se empeña otra vez en hundir a la humanidad en una nueva matanza mundial. Las mujeres que se han levantado en la lucha por la paz pueden hacer mucho. Las madres, las esposas, las hermanas, no deben consentir que sus hijos, que sus maridos, que sus seres queridos luchen y caigan por llenar los bolsillos de un puñado de capitalistas. Si nos unimos ganaremos la paz”.

Nosotras, las mujeres de México y las de otros países a quienes se dirigen estas palabras, debemos creer en la sinceridad de las mujeres soviéticas. No es sólo por sentido de solidaridad colectiva y de comprensión humana, sino también por instinto de conservación y por afán de defender lo que han conquistado, por lo que ellas tienen derecho a expresarse como lo hacen y asumir una actitud valiente e inequívoca en la lucha contra la guerra: ellas tienen más que perder en la guerra que nosotras las mujeres del mundo capitalista.

Es por ello que en su cruzada por la paz, han desenterrado y vuelto actuales, las palabras que Gorki, en 1925, ante la amenaza de una nueva contienda mundial, dirigía a las mujeres y a las madres del mundo; palabras que en este momento debieran servirnos de inspiración a todas las mujeres y a todas las madres:

“Me dirijo a las mujeres, a las madres, no sólo a las que perdieron sus hijos en la última contienda, sino también a las madres que están en peligro de perderlos mañana o dentro de un año. ¿Por qué permanecéis en silencio vosotras que los traéis a la vida con el dolor de vuestras entrañas? ¿por qué no levantáis con fuerza la voz contra la locura que está tratando de envolver nuevamente al mundo en una nube de veneno? Vosotras, mujeres, sois la única y eterna fuerza que fertiliza la tierra devastada por la muerte —a cada instante, la muerte siega la vida de un hombre y a cada instante, en otro rincón de la tierra la mujer, triunfando

sobre las fuerzas elementales de la destrucción, da al mundo un nuevo ser.”

“Vosotras alimentáis al niño con vuestro pecho, vosotras lo conducís de la mano por la vida, por la historia, como un obrero cuyo trabajo enriquece al mundo, como un héroe, un campeón de la humanidad, un sabio, un pensador brillante. ¿Cómo podéis contemplar indiferentes la amenaza de esta destrucción?”

“La historia debe su esplendor a vuestros hijos. Ellos han enriquecido nuestra vida con grandes descubrimientos, han iluminado nuestra existencia con el fuego de su energía creadora. El trabajo de vuestros hijos ha hecho de la bestia, un hombre. ¿Cómo podéis

tolerar que el hombre que habéis criado se transforme otra vez de hombre en bestia, en asesino?”

“Mujeres, de vosotras viene la vida y sois vosotras quienes debéis levantaros para defender la vida contra la muerte. Vosotras sois las eternas enemigas de la muerte. Vosotras sois el poder que la combate siempre y la conquista. ¿Por qué, entonces, en estos días en que la locura se aproxima no salváis a vuestros hijos de la matanza cruel? ¿Por qué no levantáis vuestra poderosa voz contra aquellos que preparan la destrucción y el aniquilamiento? ¿Por qué?”



Figura 1. © 793342, “Matilde Rodríguez Cabo” junto a estudiantes, Distrito Federal, ca. 1937, Colección Revista *Hoy*, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN-MX. Anotaciones: I.O. “escuelas y estudiantes” “Bra”.